



EL CARDENAL CISNEROS

BIOGRAFIA DE UN GRAN HOMBRE

por

Antonio Cantó Téllez



(5)

vacita Prieto, que ha sido nombrado... el señor Cubero, en representa... un soldado romano de madera (antes)



los Departamentos y Servicios... ciales instalados en la... sándose particularmente... birmas de las Falanges... Director administrativo del Hospital... don Jesús Sanz.



(Continuación.)

A ello contribuía no menos Tendilla, que una vez terminado de luchar con el moro, se sintió irresistiblemente atraído por el enemigo vencido, al que recibía en la Alhambra sentado en cojines morunos de seda y brocado, vistiendo al estilo de ellos y montando a la *jineta*.

Así iban desarrollándose las cosas cuando, en mayo del 1499, parten los Reyes para Granada, habiendo antes avisado a Cisneros, que se encontraba en Alcalá muy ocupado con su Universidad, para que fuese a encontrarse con ellos en la ciudad del Darro y ayudase a Talavera a celebrar las conversiones. Este, siempre humilde e incapaz de envidias ni rencores, celebró la llegada de Cisneros por esperar le sería de mucha colaboración. Sin embargo, la llegada de Cisneros cambió por completo el problema, acabándose la tolerante política de Talavera y empezando el recelo entre los moros. El Cardenal decía que en el método de su compañero había mucho del espíritu del «hasta mañana», ese mañana indefinido al que tantas cosas difieren los españoles. Había que actuar inmediatamente, congregarlos por miles y bautizarlos a todos, quisieran o no. Talavera admiraba el indomable celo y vehemencia de Cisneros, pero le advertía que los largos años de su experimentada vida le habían enseñado que cuando se trataba de convertir a los secuaces del astuto doctor de la naturaleza humana, Mahoma, *no es la liebre la que gana la carrera, sino la pesada y lenta tortuga*.

Cisneros sabía que Talavera creía sinceramente que, permitiendo a los moros el consuelo de guardar sus propias costumbres, lengua, música y danzas, podría atraerlos poco a poco a la fe de Cristo. «Esto puede ser verdad —se decía—, si pudiéramos esperar cincuenta años, pero el tiempo urge y es necesario acelerar las conversiones».

Citaba en la Alhambra a los sacerdotes moros para explicarles amablemente las doctrinas de Cristo, obsequiándoles con presentes, llegando con estos medios a tener que bautizar con el hisopo a las multitudes que se le acercaban, pero más bien por el temor que tenían a los cristianos, y al regalo de vestidos castellanos que se les entregaban después de la aspersion (32).

Muchos se convirtieron de buena fe, pero la mayoría lo hicieron con sus internas reservas, cosa no extraña en cuestiones religiosas.

Cisneros procedió de manera briosa y dura, no muy acorde con las enseñanzas teológicas, pero con arreglo al espíritu de hierro de aquel siglo; hoy no lo hubiese hecho igual.

Granada empezó a perder características morunas, adaptándose a vivir como los cristianos, sobre todo las gentes del Albaicín, dejándose de oír los gritos de los muecines en los alminares de las mezquitas, a los que sustituían las campanas de las iglesias saludando la hora del «Angelus», mientras a la sombra de sus templos se arrodillaban mirando hacia la Kebra los que maldecían al «alfaqui campanero», como llamaban a Cisneros.

Talavera se iba alarmando ante estas conversiones en masa, porque conocía la psicología de los moros, sorprendiéndose de la calma exterior que mostraba el pueblo, calma traicionera y sospechoso preludio de alguna asonada que se estaba preparando. Así se lo expuso a Cisneros diciéndole que se respiraba en el aire la revuelta, pues nunca es el moro más peligroso que cuando sonríe. Pero Cisneros no le dió importancia a estas advertencias, ya que tenía

poca experiencia del carácter del pueblo musulmán. Por el contrario, Talavera, hijo de judíos conversos, entendía bien la mentalidad de los orientales y sabía que esas conversiones a la fuerza no podían ser sinceras, pues la mente del Profeta había fascinado la existencia de millones de africanos con sus coránicas leyes que disponían todas las actividades de sus vidas. ¿Cómo era posible que en un día se pudiera borrar el pensamiento que una raza mantuvo durante ochocientos años?

«Vos, Fray Hernando, y Tendilla, sois los únicos que os oponéis a mi política. La Reina está enteramente de mi parte. Vos sois viejo, Fray Hernando, y la cautela de la edad apaga vuestra decisión. Unos meses de penitencia y ayuno en la prisión bastarán para hacer aprender a esos faquires musulmanes rebeldes el bautismo que no aceptan y el catecismo que no aprenden.»

Con esto Cisneros se creía obrar de buena fe e incluso hubiese dado su misma sangre por salvar almas de moros redimidas por Jesucristo. Este era el pensamiento de su época, pensamiento elevado y puro, pero equivocado en dichas circunstancias. Un dictador laico hubiese tenido menos contemplaciones con aquel pueblo de prestado que nos había humillado y avasallado durante tantas centurias, y que tan poco derecho tenía a seguir hollando un suelo que no le pertenecía. Por eso Cisneros obró perfectamente bien y en justo derecho, ofreciéndoles dos caminos: o la conversión, o la expulsión, y aunque dura es la conversión de una a otra religión *cuando se la impone*, más duro a veces es el exilio.

Los sacerdotes moros habían tramado una conspiración contra el gobierno de doña Isabel. Entonces Cisneros derogó los términos del benigno tratado que los Soberanos habían firmado con la morisma, cosa que tal vez hubiesen evitado los Reyes de haber estado en Granada. Pero Cisneros, además de Arzobispo, era Canciller de Castilla y tenía atribuciones para obrar en consecuencia.

Dos clases de moros existían allí: unos eran renegados cristianos y se les llamaban «elches», nombre, al parecer, relacionado con las fiestas de moros y cristianos se vienen haciendo en Elche. Otros eran auténticos mahometanos de Alá. Sobre los primeros hacía recaer las mayores penas, por su apostasía, sobre todo si habían renegado después de la reconquista.

Entre los moros más refractarios y levantiscos había uno llamado Zegrí Azaator, que pertenecía a la renombrada familia noble de los Aben Hamar, estando considerado por sus hazañas guerreras como un «chevalier sans reproche». Cuando se enteró Cisneros de su detención, envió a la prisión a uno de sus capellanes para convertirle, Pedro León, «nombre que se conformaba con el fecho», y al cual le estaba dado el oficio de «macerar» inhumanamente a los contumaces.

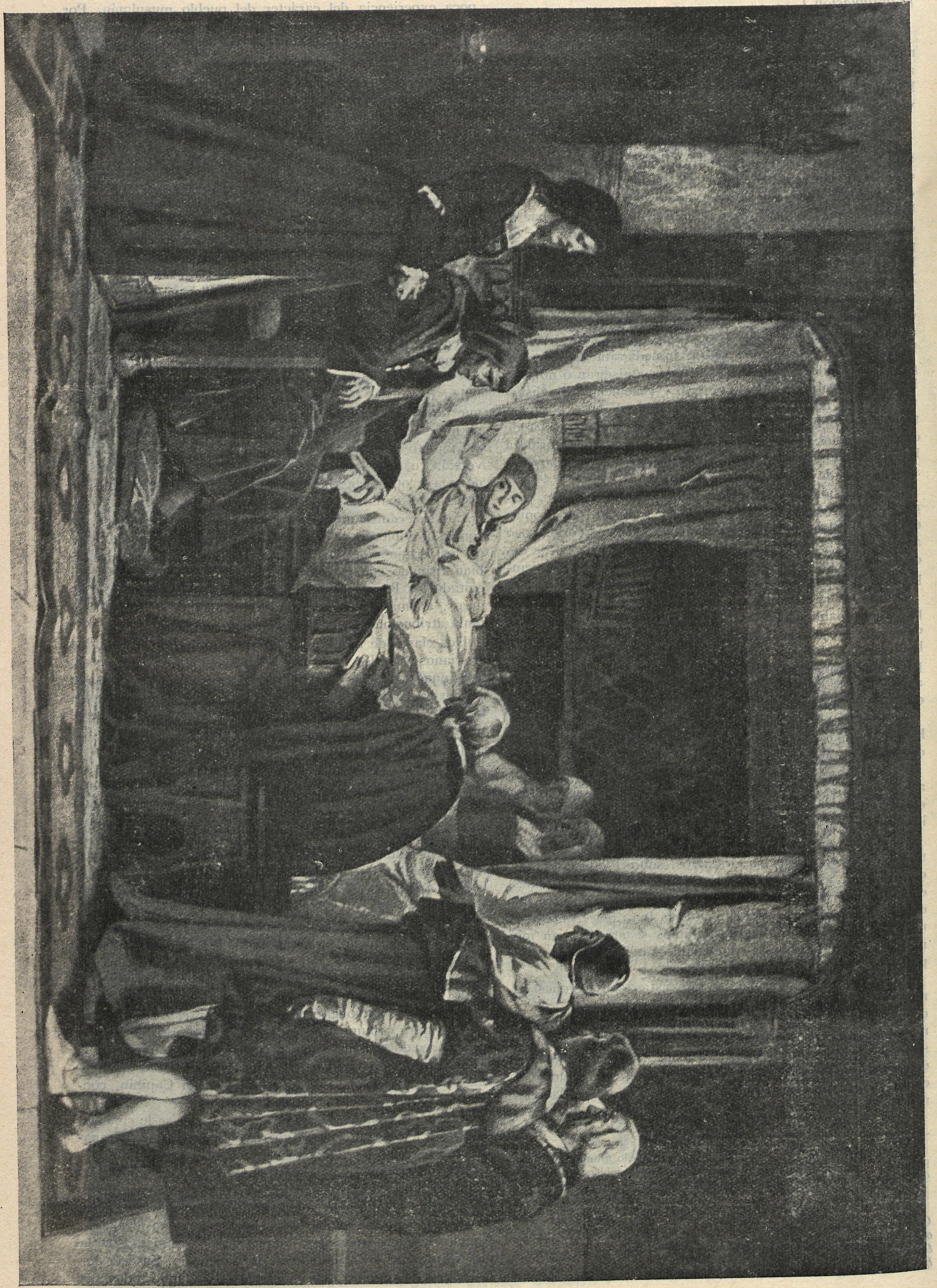
Veinte días estuvo León «trabajando» a este arrogante y soberbio moro de buen entendimiento, al que, cargado de grillos y cadenas, domeñó por fin su orgulloso espíritu, teniéndole a pan y agua y haciéndole dormir en el suelo de piedra de la prisión, azotándole de vez en cuando, hasta que un día solicitó entrevistarse en el Alfaqui Campanero, para comunicarle que la noche anterior se le «había aparecido Alá en sueños, ordenándole convertirse al cristianismo». El Cardenal le bautizó poniéndole de nombre Fernando Gonzalo, en honor del Gran Capitán, contra quien tantas veces combatió.

Gonzalo Fernando Zegrí, que también así se le conocía, le expuso a Cisneros que si quería convertir a toda Granada, «que le fuese enviando renegados a su León».

Otro punto más o menos acertado fué la quema de incontables libros en la plaza de Bibarrambla, en monumental pira, de la que sólo se salvaron algunos de Medicina, ciencias y filosofía, que envió a su Universidad alcalaína. Aquella hoguera sólo pudo comparársela entonces con la que Omar hizo en la biblioteca de Alejandría. Su celo por la religión le cegó en aquel momento, olvidando todos sus

(32) «Agora venir Rey Fernando, á ganar todo lo mundo; Arzobispo de Granada, cara de oveja y carne de cabra; Arzobispo de Toledo, dar caperuça y cristiano luego, para ganar todo el mundo.»

Cisneros bautiza en masa a los moros granadinos. Atentado frustrado contra Isabel la Católica en Granada.



pensamientos de tolerancia, mostrándose tan intransigente contra las doctrinas coránicas como Torquemada contra los judíos, cerrando los ojos a todas las tentaciones que le venían de su amor a la ciencia y a la belleza artística, inspirándose tal vez en el ejemplo de su contemporáneo italiano el dominico Savonarola, cuando en 1498 quemó en Florencia la literatura de las vanidades y otros afines objetos.

Talavera no aprobaba esta conducta, lo mismo que muchos sabios teólogos, diciendo que los Concilios de Toledo habían prohibido siempre las conversiones forzadas y que nadie creyese por violencia.

Por el mes de diciembre de aquel mismo año, y debido a este «errare humanamun est», se repitió en Granada uno de los levantamientos de protesta religiosa análogo al de los Hugonotes en Francia, los protestantes en Alemania y los jacobinos e isabelinos en Inglaterra, hechos que vamos a resumir en breves rasgos.

16.—ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS GRANADINOS. GUERRA DE LAS ALPUJARRAS Y SIERRA BERMEJA.

Casi todos los movimientos populares tienen análogo principio, con un fondo de razón y de justicia, desapareciendo después ésta para dejar paso a la violencia ciega y los instintos desenfrenados.

Entre los odios de religión y de raza, las amarguras del vencimiento, los roces de convivencia con los vencedores y el excesivo celo «convertitorio» del Cardenal, dieron lugar a que estallase la chispa entre aquel pueblo, que por su angulosa constitución psicológica no pudo asimilarse, como el romano y visigodo, a nuestra raza, hasta confundirse con ella, pues ni Carlos V ni los dos Felipes II y III consiguieron la unión, después de convivir tantos años con ellos.

Sucedió, pues, que un día del mes de enero de 1500 subió al Albaicín, a las dos de la tarde, un delegado de Cisneros, llamado Salcedo, con el alguacil Velasco de Barriónuevo, a prender una pertinaz renegada, hija de un «elche». Cuando la conducían presa, al cruzar la plaza de Bib-el-Bonut, comenzó a gritar diciendo que la llevaban a ser cristiana a la fuerza. Alborotóse la gente con los gritos, y viendo al dicho alguacil, que les era en extremo odioso, dieron sobre él, que al contestar soberbiamente, le mataron arrojándole una losa desde una ventana.

Al Salcedo le libró una mora, que le refugió en su casa, metiéndole en la cama aquel día y noche, hasta que le mandó seguro a su casa.

El tumulto fué creciendo en el populoso barrio, entendiéndose que la ocasión de todo era el Arzobispo de Toledo, cuya casa fué asediada por la chusma, que demandaba su vida y la de sus servidores, siendo aconsejado Cisneros de refugiarse en la Alhambra, cosa que rehusó diciendo que esperaba la muerte como mártir de la Fe. De todas formas, se defendieron con piedras y saetas.

Al amanecer del otro día salió el Conde de Tendilla de la Alhambra con doscientos caballeros escogidos, marchando a la Alcazaba para socorrer al Cardenal, viéndose en gran aprieto, pues los moros no deponían su actitud, llegando Tendilla a destocarse y echarles al aire su gorrión de grana en señal de paz, y hasta les dejó, incluso, a su

Los desprecios del Archiduque hacia su esposa doña Juana influyen poderosamente en la entereza de cuerpo y ánimo de la Reina Católica, que comparte como madre apasionada los disgustos de su hija y ve, como Reina, los problemas que a su pueblo se le avecinan con la conducta de Felipe el Hermoso. Al fin muere doña Isabel —la gran protectora de Cisneros— en Medina del Campo, dejando para la Historia su trascendental testamento, modelo de virtudes y ciencia política.

esposa e hijos como en rehenes en una casa junto a la mezquita mayor.

— Cuando se sosegó el tumulto, el Arzobispo escribió una carta a los Reyes explicándoles lo ocurrido, pero deseando llegase lo más pronto posible, aceptó el ofrecimiento que le hizo un caballero, también llamado Cisneros, de un esclavo suyo negro, el cual era tan rápido en la marcha que se corría veinte leguas por jornada, calculando que al siguiente día estaría en Sevilla al filo de mediodía.

El negro recibió la misiva del Arzobispo, diciéndole: «Señor, yo me remito a mis pies», y de tal forma se remitió que llegó a Sevilla; cinco días después de otras tantas borracheras! Mientras dormía este negro canario sus embriagueces, llegaron a oídos de SS. MM., por otros conductos, las malas nuevas, y bastante desfiguradas, creyéndose en la Corte que Granada, poco más o menos, se había ya perdido por la equivocada intervención de Cisneros.

La Reina conservó la serenidad hasta conocer claramente los hechos; pero el Rey, poco afecto al Cardenal desde su encumbramiento al arzobispado, en detrimento de su hijo, se encaró con la Reina diciéndole: «¿Qué os parece, señora, en qué nos ha puesto vuestro Arzobispo? Habremos perdido en unas horas nuestra labor y la de los reyes que nos precedieron. ¡Caro nos ha de costar vuestro Arzobispo!».

Cisneros insistió ante la Reina en su política según su modo de pensar, la única para dar una solución radical al problema de razas, cosa que estaba muy lejos de solucionar, pues no se puede tan a la ligera renunciar a ideales que desde la infancia se inculcan en las vírgenes mentes de los humanos de todas las latitudes. Es, pues, necesario rendirse a la evidencia en dos puntos cruciales: que Cisneros obró de buena fe y con arreglo a los postulados de su estrecha conciencia y espíritu altamente cristiano y prudente, en que el mundo contaba con cuatro siglos menos.

Todas estas medidas hicieron que se sublevaran los moros de las Alpujarras, capitaneados por cuarenta de sus notables del Albaicín. A éstos escribió Fernando diciéndoles que la voluntad de la Reina y la suya no fueron nunca que ningún moro *torne cristiano por fuerza*.

Mientras, los nuevos sublevados (confies) habían clavado el pendón de Mahoma en los castillos de Huejar, Montufar y otros, levantando en armas la serranía de Ronda y Sierra Bermeja.

El Conde de Tendilla, el de Lerín y el mismo Rey salieron en tres columnas hacia la serranía. También iba en ellas el Gran Capitán, Antonio de Leiva y el valeroso Alarcón, todos ellos héroes de las guerras de Italia.

El 12 de febrero de 1500 cayeron sobre Huejar, al frente del Gran Capitán, no dejando moro vivo, saqueando la ciudad y vendiendo como esclavos a mujeres y niños.

En Laujar sembró Lerín el terror, volando con pólvora la mezquita, donde murieron, entre hombres, mujeres y niños, más de 3.000 moros. El Rey, por su parte, tomó Lanjarón por asalto, donde todos se rindieron.

En 1501 se hallaba Cisneros en Alcalá y Toledo, cuando de nuevo es llamado por los Reyes a Granada. Se habían levantado los moros de la Serranía de Ronda, asesinando hombres, mujeres y niños, y aún deportando a muchos al Africa.

El Conde de Cifuentes, don Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, y su hijo don Pedro, el Conde de Ureña, salieron de Ronda en la madrugada del 18 de marzo de aquel año hacia las fragosidades de aquella serranía, mandando la vanguardia el Aguilar, que poco después se enfrentaba con los moros llamados «gandules», que, replegados y escondidos en las espesuras, esperaron a la noche para caer sobre las confiadas mesnadas españolas, a las que aniquilaron en terrible matanza, capitaneados por el bárbaro El Feheri de Ben-Estepar, repitiéndose aquí en mayor escala el desastre de La Ajarquia.

El de Aguilar y su hijo luchan como leones, aislados,